

Pablo Yankelevich*

⇒ El exilio argentino de José Vasconcelos

Resumen: En diciembre de 1929, José Vasconcelos, derrotado en las elecciones presidenciales, partió a un exilio que se prolongó durante una década. Durante un par de años residió en Estados Unidos, Costa Rica, Colombia, Ecuador, Cuba, Francia y España. De Europa pasó a Argentina donde radicó hasta enero de 1935, cuando se trasladó a Estados Unidos, donde vivió hasta su regreso a México en el otoño de 1938. En este artículo se revisa un segmento de este exilio, particularmente el desenvuelto a orillas del Río de la Plata. Interesa reconstruir la trayectoria intelectual de Vasconcelos cuando, a consecuencia de la derrota política y de la propia experiencia en el destierro, inició un deslizamiento hacia posiciones cada vez más conservadoras. Esas posiciones, definidas ya con claridad durante su residencia en Argentina, vinieron a clausurar el enorme caudal de simpatías que la utopía vasconceliana había despertado en espacios políticos e intelectuales en los primeros años de la década de 1920.

Palabras clave: José Vasconcelos; Exilio; México; Argentina; Siglo XIX.

Derrotado en las elecciones presidenciales de 1929, desde Nogales, José Vasconcelos cruzó la frontera mexicana con Estados Unidos e inició un exilio que se prolongó por casi una década. El impacto de aquella experiencia fue tan profundo, que a partir de aquel momento comenzó la construcción del otro Vasconcelos: el católico y el conservador, el reaccionario y el engreído, el vanidoso y el resentido, aquel que en México se prefiere olvidar porque avergüenza, porque incomoda al resto de los héroes de una nación acrisolada en las glorias de una revolución.

Pensar en la gestación del otro Vasconcelos, es seguir sus huellas a lo largo de un destierro, donde por cierto escribió la mayoría de sus libros. Pensar en aquel Vasconcelos, es dar cuenta de un deambular por el sur de Estados Unidos, por Centroamérica y Colombia, por Cuba y Ecuador, por España y Francia, por Argentina, para finalmente establecerse de nuevo en Estados Unidos. A lo largo de estas experiencias se forjó la imagen de ese otro que desde 1930 no dejó de desplazarse hacia la derecha, para, al final de su vida, terminar censurando sus propios libros, expurgándolos de todas las “inmoralidades” que alguna vez escribió.

Vasconcelos partió al exilio portando un considerable capital político y cultural, producto de su labor, primero al frente de la Universidad Nacional y después a cargo de la

* *Doctor en Historia. Profesor-investigador del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México. Sus libros más recientes: La Revolución Mexicana en América Latina (2003); El otro, el extranjero, en coautoría (2003); Represión y destierro. Itinerarios del exilio argentino (2004). Contacto: pablo@servidor.unam.mx.*

Secretaría de Educación Pública. Durante los años veinte, el “Maestro de la Juventud” encarnó el modelo de intelectual comprometido con las causas populares; y fue así porque su prédica y emprendimientos se instalaron en un ambiente continental particularmente sensible a propuestas como las mexicanas. Con una imagen de líder moral de la juventud universitaria, Vasconcelos partió al exilio, y esa experiencia es también la historia del desencanto de aquella generación hacia un personaje que muy rápidamente fue mudando de piel. En el destierro, los ejercicios intelectuales de Vasconcelos fueron contradictorios, sus aproximaciones a la realidad contemporánea fueron mutando en un mundo donde el derrumbe de la bolsa neoyorquina fue sólo una alarma sobre los peligros que se avecinaban. El exilio vino a coincidir con una época donde los postulados de una cultura humanista liberal hicieron crisis y con ella sucumbieron actitudes y entusiasmos como los de Vasconcelos. Los años treinta fueron el laboratorio de posiciones radicales, la izquierda de cuño marxista endureció posiciones contra la menor heterodoxia, el fascismo europeo no tardó en ganar simpatizantes, y de este lado del Atlántico, un nacionalismo de derecha clerical e hispanófilo emergió como garante de un orden político fundado en el fraude y la exclusión. En esta dirección enfiló sus pasos Vasconcelos, sumándose a un grupo de intelectuales latinoamericanos que hicieron un recorrido similar. Sin embargo, a diferencia de Leopoldo Lugones, verdadero pionero, que en 1924 anunció la llegada de la “hora de la espada”; y del peruano José de la Riva Agüero y Osma, que desencantado de la política viajó a España a recuperar su título nobiliario de marqués de Monte Alegre y Aulestia, Vasconcelos, gozando de un significativo reconocimiento continental, decidió encarnar la más criolla de las versiones del Ulises homérico, inició un exilio que lo devolvió diez años más viejo, más resentido, más atormentado y sin más compañía ni más afectos que los otorgados por su familia y un muy reducido grupo de amigos.

Una de las claves de aquel desgajamiento de simpatías y seguidores debe buscarse en el bregar, casi obsesivo, que atraviesa las tres últimas décadas de la vida de Vasconcelos. La herida de 1929 nunca cicatrizó porque desde entonces fueron inútiles todos sus esfuerzos por reclamar el reconocimiento de un liderazgo en el terreno de la política, liderazgo por cierto, de duración tan efímera como algunos de sus amoríos. Todos, amigos y enemigos, coincidieron en subrayar su valía como hombre de la cultura, escamoteando o menospreciando su empresa por hacer efectivos los derechos ciudadanos en aquella coyuntura electoral. Los amigos, los viejos conocidos e inclusive buena parte de quienes votaron por él terminaron negándole su ciudadanía política, queriendo reemplazarla por otra de carácter meramente cultural.

Frente a este panorama, en Vasconcelos creció un resentimiento tan grande que abarcó a todo un pueblo, en tanto que la tensión entre el político y el intelectual no dejó de acosarlo impidiendo que se sobrepusiese a la derrota de 1929. En una carta redactada siete años antes de su muerte pero hecha pública en junio de 1959 expresaba a su yerno, Herminio Ahumada, la voluntad de no ser sepultado en la Rotonda de los Hombres Ilustres:

La ciudadanía de este país no tiene derecho a honrarme como escritor, mientras no me reconozca como político [...] La conciencia nacional sabe, o debiera saber que ganamos las elecciones de 1929, y mientras eso no se reconozca públicamente y quizá oficialmente, no podría yo aceptar ningún honor sin sentir que traicionaba la verdad y la justicia (en Cárdenas Noriega 1985: 250).

Dar cuenta de la totalidad del universo vasconceliano en un exilio que duró casi una década excede las pretensiones de este artículo. Por el contrario, mucho más modestamente, pretendo ubicar en las coordenadas de aquel universo, los catorce meses de residencia en Argentina tratando de identificar algunas zonas de ese otro Vasconcelos siguiendo sus huellas por los espacios que frecuentó en los tres años que antecedieron a su decisión de dirigirse al Río de la Plata.

Para un personaje que reclamó hasta su muerte un reconocimiento político, no dejan de sorprender sus movimientos en el exilio. ¿Qué clase de exiliado político fue aquel que, meses después de la derrota electoral, inició un periplo por Centro y Sudamérica, materializando un viejo sueño de cruzar a caballo los Andes colombianos? ¿Qué tipo de estrategia política fue aquella que lo llevó a París a reeditar una revista? ¿Qué clase de liderazgo político podía ejercer aquel que, recluido en una aldea asturiana, dedicó buena parte de sus días a escribir sobre estética y metafísica?

En el primer trimestre de 1930, Vasconcelos estuvo en Estados Unidos. Lo acompañaron sus dos hijos y su esposa. Desde tiempo antes, Antonieta Rivas Mercado, su amante, había cruzado la frontera en busca de apoyos intelectuales y fue ella quien consiguió despertar simpatías en ciertos núcleos neoyorquinos, como el encabezado por Waldo Frank.

Entre tanto, Vasconcelos llamaba a la lucha armada en actos públicos en El Paso, Los Ángeles, San Antonio y Tucson; sin embargo, sus proclamas y artículos periodísticos, antes que estimular a sus seguidores en tierras mexicanas, llamaron más la atención del servicio exterior mexicano y del gobierno estadounidense. Después de un fugaz viaje a Nueva York, Vasconcelos terminó convencido de que el gobierno de los Estados Unidos, influido por los poderosos intereses de Wall Street, había decidido la suerte de México cuando otorgó el reconocimiento oficial a Pascual Ortiz Rubio, su principal contendiente en las elecciones presidenciales. Ya nada podía esperarse de los norteamericanos, de ahora en más, la vieja imagen de un Calibán sajón amenazando a toda una civilización hispanoamericana comenzará a adquirir tonalidades cada vez más conservadoras: una recuperación hispana y católica del pasado americano, empezó a contraponerse a la visión de lo estadounidense como un territorio gobernado por herejes: protestantes, masones y judíos.

“Grité en Estados Unidos, y grité solo” escribió años más tarde (Vasconcelos 1959: 79). En efecto, nadie en México parecía interesado en enrolarse en una sublevación. Frente a este panorama, comenzó a preocuparse por librar otra guerra: la de sobrevivir en el destierro.

Amigos y enemigos coinciden en subrayar la honestidad de un hombre que vivió de sus sueldos cuando los tuvo, de los honorarios devengados por clases y conferencias, así como por artículos periodísticos y derechos de autor. Su agente literario en Europa, Carlos Deambrosis-Martins y Gabriela Mistral se encargaron de conseguir algunos contratos en las páginas de la prensa latinoamericana. Producto de estas gestiones, en marzo de 1930, Deambrosis-Martins comunicó a Vasconcelos que Eduardo Santos, el propietario del diario *El Tiempo* de Bogotá, lo invitaba a visitar Colombia dando conferencias de paga. Surgió entonces la idea de realizar una gira que le permitiera recaudar fondos para su nueva empresa editorial: reeditar su revista *La Antorcha*. Rumbo a Colombia, disertó ante públicos universitarios en San José de Costa Rica y en Panamá. En Barranquilla, Medellín y Bogotá, al amparo de la Federación de Estudiantes Universitarios de Colom-

bia, habló sobre los peligros del imperialismo sajón. Como en ningún otro país, Vasconcelos invirtió todo un mes en recorrer extensas zonas de la geografía colombiana. Los últimos días de mayo de 1930 se despidió de Bogotá, iniciando una travesía hasta Cali, en tren llegó a Popayán, desde allí cabalgó por los Andes hasta la población de Ibarra, ya en territorio ecuatoriano, para entonces abordar un tren que lo trasportó a Quito. Siguiendo las rutas de Simón Bolívar y de Antonio José de Sucre, se detenía en cada población para visitar escuelas e institutos, y ante públicos no menos que sorprendidos, detallaba las circunstancias de ser un “presidente electo” en el destierro.

Vasconcelos comenzó a desempeñar el papel que interpretaría durante las tres últimas décadas de su vida: el de víctima del militarismo mexicano, el de mártir del ideal. Un periodista ecuatoriano no tardó en capturar el sentido de sus arengas, y los primeros días de julio de 1930 escribió en un periódico quiteño: “Vasconcelos: he ahí un hombre que tiene un INRI en la frente, el INRI de todo idealista, de todo pensador que pone sobre el poder brutal de la fuerza, el poder moral de la idea” (en Vasconcelos 1982: 1023).

Al promediar julio de 1930 se encontraba en Guayaquil, listo para embarcar a La Habana, donde se encontraría con su esposa e hijo. Cuba bajo la dictadura de Gerardo Machado, lejos de lo que podía pensarse, fue un paréntesis para descansar, volver a escribir y planear los siguientes pasos. La amistad con intelectuales de la talla de Juan Marinello y Fernando Ortiz permitió alguna inserción universitaria donde impartió conferencias sobre filosofía. En esta ocasión envistió contra la propuesta pedagógica de John Dewey representante, en el terreno de la pedagogía, de los mismos intereses que controlaban el azúcar y la política cubana.

A seis meses de la salida de Estados Unidos, Vasconcelos seguía “gritando solo” contra la imposición callista. Desde Cuba, organizó una nueva gira por América Central, el objetivo fue impartir conferencias, buscando recursos económicos para la segunda época de la revista *La Antorcha*. En San Pedro Sula, Tegucigalpa y San Salvador repitió un discurso que denunciaba las infamias de un “régimen de proconsulado”. Así cerró su primer año de exilio y la Navidad de 1930 lo encontró en Nueva York acompañado de su familia. Las primeras semanas de enero de 1931 trabajó en la Biblioteca Pública tomando notas para su *Ética*. La decisión ya había sido tomada, la próxima escala sería París, allí lo esperaba Antonieta. Estaba decidido a reeditar *La Antorcha*, y para ese entonces, Deambrosis-Martins le había comunicado que *La Prensa* de Buenos Aires pagaría mil francos por un artículo mensual: “aquello significaba la renta de casa en Europa” (Vasconcelos 1982: 1068).

En efecto, entre fines de enero 1931 y septiembre de 1933 residió en el viejo continente, primero en París, luego en Madrid y por último en Somió, pueblo cercano a Gijón, en Asturias. Aquellos años resultan paradigmáticos. En primer lugar por la tragedia personal: Antonieta se quitó la vida semanas después de su encuentro con Vasconcelos. En segunda instancia, por la ruptura de casi todos sus amarres con intelectuales y políticos mexicanos, “ni leo ni recibo la prensa inmundada de México”, confesaba a su amigo Taracena casi al comienzo de su exilio parisino.¹ Por último, porque la soberbia y la amargura que destilaban sus escritos periodísticos y cartas personales se incrementaban con la angustia de no saber con qué recursos haría frente a sus apremios económicos. Como

¹ “Carta de José Vasconcelos a Alfonso Taracena, París, 16 de abril de 1931”, en Vasconcelos (1959: 19).

todo exiliado sin fortuna personal, se ganó la vida trabajando, y en este esfuerzo la escritura ocupó una centralidad incuestionable. De hecho, publicó un libro en cada uno de los años que vivió en Europa, *Pesimismo Alegre* (1931), *Ética* (1932) y *Sonata Mágica* (1933), y seguramente aquellas dificultades económicas lo orillaron a redactar las páginas autobiográficas que, antes de ser recogidas en el *Ulises Criollo*, fueron ofrecidas a distintos periódicos para su publicación por entregas.

El proyecto de *La Antorcha* terminó en fracaso, igual que todas sus tentativas por incidir en el escenario político mexicano. El “presidente electo” cumplió su tercer año de exilio cuando en México las fuerzas políticas se aprestaban a una nueva contienda electoral. Los integrantes del Partido Nacional Antirreeleccionista volvieron a la arena política, y como parte de ello, Vito Alessio Robles dio por concluido su destierro en Estados Unidos. Entre tanto, Vasconcelos acusó a esta organización de haber claudicado frente al callismo al traicionar la voluntad popular expresada en las urnas en noviembre de 1929. Desde su exilio, pretendía conducir un partido del que fue candidato presidencial pero nunca su líder. Por su parte, los antirreeleccionistas, molestos con las críticas y pretensiones de Vasconcelos, decidieron separarlo de sus filas en julio de 1933, no sin antes responder a la andanada de insultos de que fueron objetos por parte de un hombre que daba muestras contundentes de haber extraviado el sentido común.

Todo martirologio requiere de una cuota de traición. Vasconcelos pasó entonces a ser víctima no sólo del callismo, sino también de sus antiguos compañeros. Al romper con lo más granado de sus seguidores, los miembros de la llamada Generación del 15, pulverizó su capital político despojándose de todo su pasado como hombre público, para terminar condenado a la más despreciada marginalidad. Al promediar 1933, en una extensa carta a Teófilo Olea y Leiva, reflexionó acerca del sentido de su vida política, pero sobre todo dejó testimonio de una egolatría con perfiles patológicos. Vasconcelos reprochó, criticó, acusó e insultó a todos los que no coincidían con su pensar y actuar, despidiéndose de toda una generación de mexicanos que a lo largo de una década había depositado sus ideales y esperanzas en la ruta que alguna vez abrió el “Maestro de la Juventud”:

Adiós, querido ex discípulo. Olvídense usted del Vasconcelos pedante de los 23 años que escribió la tesis sobre derecho, reniegue del Vasconcelos de las filosofías que no pasan de ensayos bastante discutibles; perdone al Vasconcelos del ministerio que nada logró enraizar porque el dinero se lo bebían en el café Colón los Serrano y comparsa, o los jugaban en el tapete del Son Sin los Calles y adláteres, olvide toda esa oscura prueba de un hombre honrado en la caverna de Alí Babá, pero hay un Vasconcelos que debieran ustedes venerar, que les hará bien releer, un Vasconcelos que no podrán olvidar los mexicanos que mañana revisen esta sombría época nuestra, y es el Vasconcelos de *La Antorcha* en su segunda etapa. *La Antorcha* de París y de Madrid, *La Antorcha* de ese Vasconcelos que a ustedes ya no les gusta, pero que alguna vez hará llorar, si no a sus hijos, por lo menos a sus nietos. Llorar de vergüenza, de impotencia, de vergüenza y rabia por lo que perdieron perdiéndome.²

Por momentos se apoderaba de Vasconcelos un resentimiento profundo. “¿Qué puede esperarse de un pueblo cuyo lema es todo menos la rebelión?”, preguntaba en junio de

² “Carta de José Vasconcelos a Teófilo Olea y Leiva, Somió, 15 de julio de 1933”, en Vasconcelos (1959: 67-68).

1933. Se trataba nada menos que de un “país atacado de parálisis mental”. “Ignoro”, confesaba a Taracena, “cuándo reaccionará México, cuándo se sacudirá por medio de las armas a la pandilla que nos abochorna ante la humanidad”. Es que, desde hace tiempo, “cada mexicano por serlo, padece bochorno, si no, es un simple hijo de mala hembra”.³

Con este resentimiento a cuestras, y a casi cuatro años de haber abandonado México, Argentina apareció en el horizonte del exilio vasconceliano. “Me voy a Buenos Aires. He tenido que aceptar una serie de conferencias porque mi situación económica empieza a ser insostenible, por aquí no hay entradas”, escribió en agosto de 1933.⁴ Con los primeros borradores de la *Estética* y trescientas páginas de su autobiografía, emprendió un nuevo viaje acompañado de su hija, su yerno y Carmelita, su pequeña nieta.

Vasconcelos recibió una invitación para impartir una serie de conferencias en la Universidad de La Plata. Sin embargo, nadie resuelve mudar de país por una invitación de esa naturaleza, lo que sucedió fue que a partir de esa carta y ante un panorama poco alentador en España, comenzó a tejer los hilos que a la postre lo condujeron al Río de la Plata. Sin lugar a dudas, el gestor de la invitación fue Alfredo Palacios, buen amigo del desterrado mexicano. Palacios fue uno de los principales anfitriones de Vasconcelos cuando visitó Argentina en 1922 y dos años más tarde estuvo casi un mes recorriendo México durante el último tramo del gobierno obregonista. Por intermedio de Palacios, José Peco, decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, tramitó la invitación,⁵ y una vez recibida, Vasconcelos decidió aceptar la ayuda que meses antes le había ofrecido un mexicano al que no conocía más que por correspondencia y por algún artículo publicado en *La Antorcha* (Robles 1931: 14). Se trataba de Fernando Robles, periodista y literato guanajuatense de filiación cristera, que años antes había decidido partir al exilio huyendo de la persecución gubernamental. El ex cristero gestionó la contratación de Vasconcelos en *Crítica*, donde el mismo Robles publicaba algunas notas. El director del periódico, Natalio Botana, sabía del desterrado, y seguramente aprovechó la oportunidad de incorporar a su diario a un apasionado polemista.⁶

Con este empleo asegurado, Vasconcelos, hija, yerno y nieta se embarcaron en el *Monte Olivia*, nave de bandera alemana que zarpó de La Coruña el 26 de septiembre de 1933. La universidad pagó los pasajes, y la embajada argentina en Madrid expidió visas gratuitas y privilegios diplomáticos como la excepción de impuestos: “El viaje no me significa desembolso alguno. Créame [escribió a Taracena] que ya necesitaba una ayuda monetaria en esta forma, y voy reconocido a la Argentina que en estos últimos años, en una u otra forma, ha sido mi único refugio moral y económico”.⁷

Argentina, no era un simple dato en el horizonte vasconceliano. En su primera visita, once años antes, cuando estaba en la cúspide de su gestión como secretario de Educación,

³ “Cartas de José Vasconcelos a Alfonso Taracena, Somió, 23 de mayo, 23 de junio y 2 de septiembre de 1933”, en Vasconcelos (1959: 33, 91 y 95).

⁴ “Carta de José Vasconcelos a Alfonso Taracena, Somió, 26 de agosto de 1933”, en Vasconcelos (1959: 76).

⁵ Algunas referencias a esta invitación pueden consultarse en Peco (1997).

⁶ Vasconcelos (1960: 284). Fernando Robles (1897-1974) ya colaboraba en las páginas literarias de *Crítica*, publicando por lo general crónicas literarias de la guerra cristera; en Buenos Aires publicó dos novelas *La virgen de los cristeros* (1934) y *El santo que asesinó* (1934).

⁷ “Carta de José Vasconcelos a Alfonso Taracena, Somió, 2 de septiembre de 1933”, en Vasconcelos (1959: 96).

convocó a su alrededor a buena parte de la intelectualidad rioplatense.⁸ El “Maestro de la Juventud” llegó triunfante en tanto líder de un proyecto cultural que había hecho suyo un general revolucionario, y en aquel entonces, la figura de Sarmiento constituyó todo un paradigma para el entonces secretario de Educación. La antinomia de “civilización o barbarie” tenía para el mexicano una vigencia indiscutible. La fortaleza de la nación rioplatense, se fundaba en el proyecto de un Sarmiento, “genio educador, que triunfó en la política”, llegó a ser presidente para, desde allí, “organizar a la Argentina civilizada” (Yankelevich 1997: 168 y 176). En 1933, Vasconcelos seguía recuperando aquel proyecto, sólo que ahora lo hacía desde una manifiesta inconsistencia. El prócer argentino todavía era un referente para un Vasconcelos que se desplazaba hacia un conservadurismo reivindicador de raíces hispanas y católicas, raíces que en su momento el mismo Sarmiento combatió con la misma furia desplegada en México por el liberalismo juarista.

En sus primeras declaraciones a la prensa, el recién llegado reiteró posiciones sostenidas una década atrás: “Argentina es la definición del destino de nuestra América, su misión es por lo mismo imperiosa e inaplazable: tiene que dar el rumbo a nuestra raza”.⁹ Pero también en aquella entrevista, adelantó algunos de sus más recientes puntos de vista. En la tierra de Sarmiento, indicó “México vive en pleno facundismo”. Sin embargo, aquel “México bárbaro” podía redimirse a partir de propuestas como las sostenidas durante la campaña electoral de 1929, sólo que ahora teñidas de un furioso anticomunismo:

El campesino mexicano no es comunista. Lo que quiere es un pedazo de tierra que sea suyo. Por eso nuestra etapa económica histórica, tendrá que volcarse en la pequeña propiedad de tipo francés. Muchos campesinos quieren ser kulacs, [*sic*] y no comunistas, porque en México el comunismo solo puede significar barbarie.¹⁰

Al comunismo le reprochó lo mismo que al liberalismo anglosajón: el endiosamiento de la técnica, de la máquina: “Marx y Lenin nunca podrán simbolizar el anhelo de superación moral y espiritual, en otras palabras, nunca podrán sustituir a Jesús”. Por otra parte, rescató sin ambages la experiencia republicana española: allí la política “podrá inclinarse temporalmente a la izquierda o a la derecha según las exigencias del momento, pero siempre se conservará republicana”. Al mismo tiempo condenó enfáticamente el fascismo, por constituir “un peligro que avanza, cuya fuerza radica en que despierta y organiza a la clase media, la más apta. Y es peligroso para la democracia porque simula adelantarse a gran número de reivindicaciones sociales”.¹¹

Fiel a los principios del 1929, pero sobre todo fiel a sí mismo, en el proyecto que lideró y a las fuerzas sociales que lo apoyaron, indicó que el peor signo de la época, eran las tendencias hacia las dictaduras:

Yo presiento que se acerca para Hispanoamérica la era del gobierno de la clase media, [...] es esta clase la que comienza a conquistar el poder en todo el mundo porque es la más preparada y la que reivindica para sí el privilegio de su cultura.¹²

⁸ Al respecto véase Yankelevich (1997: capítulo 7).

⁹ *Crítica*, 17 de octubre de 1933.

¹⁰ *Crítica*, 17 de octubre de 1933.

¹¹ *Crítica*, 18 de octubre de 1933.

¹² *Crítica*, 17 de octubre de 1933.

A diferencia de una década atrás, aquel 16 de octubre de 1933 desembarcó en el puerto de Buenos Aires un Vasconcelos cargando el peso de la derrota. El comité de recepción estuvo pobremente integrado, su anfitrión, el profesor José Peco, un reducido grupo de estudiantes de clara filiación izquierdista¹³, y el mexicano Fernando Robles. Una vez en su alojamiento de un hotel capitalino, Alfredo Palacios se presentó a saludarlo. Como era de esperar, *Crítica* le dedicó su página central al “filósofo y caudillo de la moderna juventud mexicana”. El resto de la prensa se limitó a reseñar su arribo indicando que obedecía a una invitación universitaria.

Aquello que días antes había expuesto de manera un poco atropellada, fue desarrollado con detenimiento a lo largo de tres largas conferencias que pronunció en el Colegio Nacional de la ciudad de La Plata y fueron transmitidas por la estación radial de la Universidad.¹⁴ Vasconcelos dibujó entonces una cartografía de su pensamiento, en la que ciertos núcleos temáticos aparecieron expuestos bajo una mirada de cuño hispanófilo, católico y aristocratizante.

El punto de partida fue la categoría de raza, sello de origen que determinaba el destino de las sociedades contemporáneas, sólo que ahora insistió en una completa recuperación del pasado hispano. En su discurso desapareció el aporte cultural del mundo prehispánico, sedimento del cósmico mestizaje vasconceliano para dar lugar a la reivindicación del “triumfo magnífico de España, que en sólo trescientos años dio la misma sangre, lengua y cultura a quinientas naciones indígenas y a dos continentes” (Vasconcelos 1934a: 19). La voluntad de negar el pasado hispano era una de las consecuencias de un extendido prejuicio antiespañol, en cuya base se hallaban los representantes locales de un liberalismo de cuño sajón. En realidad, Vasconcelos estaba gestando la visión del pasado mexicano que en 1937 cristalizó en su *Breve historia de México*, esto es, la reivindicación del conservadurismo alamanista y la absoluta negación de la Reforma liberal (1934a: 38).

La arquitectura del discurso vasconceliano mostraba zonas incoherentes y falta de originalidad en medio de una notable confusión. Fue en la tercera conferencia, cuando hizo un llamado a abandonar la ciudad industrializada para refugiarse en la producción agrícola. “La tradición ha salvado la economía”, indicó para inmediatamente hacer una defensa de la vida aldeana, “aquella que se basta a sí misma, que vive sin rendir tributo a la gran industria, aquella que nunca va al cine, pero en la iglesia disfruta de la música buena”. Nada más alejado del proyecto sarmientino que estos extravíos de un Vasconcelos que se permitía citar para de inmediato subrayar la necesidad de reconquistar el campo que un “día abandonamos para construir la colmena satánica que es la gran ciudad” (1934a: 71-76). Fue así que anunció el reemplazo del eje civilizatorio de trazo

¹³ La comitiva estudiantil estuvo integrada por Alberto May Suviría, Sergio Bagú, Julio Alfonsín y Cubas y Ernesto Giudice (*La Razón*, 17 de octubre de 1933).

¹⁴ Las conferencias fueron: “Racismo y nacionalidad. Internacionalismo y personalidad” (21 de octubre de 1933), “La Revolución y sus errores” (27 de octubre de 1933) e “Ideas para construir un nacionalismo progresivo hispanoamericano” (3 de noviembre de 1933). Una detallada crónica de este ciclo puede consultarse en *Boletín de la Universidad Nacional de La Plata*, Vol. 17 (1934) N° 3. Los textos de estas conferencias fueron recogidos en el volumen titulado: *Hispanoamérica frente a los nacionalismos agresivos de Europa y Norteamérica* (1934) y un año después, Vasconcelos firmó un contrato con la editorial Ercilla de Santiago de Chile para una publicación comercial bajo el título de *Bolivarismo y monroísmo. Temas iberoamericanos*.

atlántico (Buenos Aires y Río de Janeiro) por otro de “señorío sobre nuestro interior” anunciando “la era propiamente latinoamericana”, en la cual “vendrá a quedar por el Chaco la gran metrópoli, el Chicago argentino, que con las fuerzas de los grandes ríos construya una economía independiente del exterior y asiento de una cultura completa y autóctona”. El Brasil no quedó al margen de la propuesta: “construiremos también, otra gran cosmópolis que domine los deltas del Amazonas, más allá de Minas Gerais y con asiento en la tierra, y ya no anclada por las orillas del mar” (1934a: 92).

En aquella última conferencia empezó a mostrar sus debilidades la profesión de fe democrática y justiciera que años antes había despertado tantas simpatías en la misma Argentina. Alertó: “la única manera de evitar la revolución de abajo es consumándola desde arriba”. Para consumarla, llamó a la organización de un “gran partido nacionalista, capaz de conducir al bien público y no a la desintegración de la patria”, en el entendido de que sólo en el respeto de “la paz religiosa podía desenvolverse el proceso social de la conquista de la equidad y la mejoría económica” (1934a: 91 s.).

Vasconcelos inició su colaboración en *Crítica* cuando el ciclo de conferencias aún no había concluido. Muy tempranamente instaló una polémica a partir de la publicación de cinco artículos¹⁵ dedicados a revisar la historia revolucionaria desde el liderazgo de Madero hasta la “infamia” callista. Las explicaciones del “ex ministro de instrucción pública, ex candidato a la presidencia de la República de México, ilustre filósofo, maestro de la juventud, y actualmente nuestro huésped”, como resaltó *Crítica*, se dirigieron por sendas ya transitadas en otras latitudes, pero por primera vez expuestas en Argentina. El único y auténtico proyecto revolucionario había sido encabezado por Madero, “un político, un gobernante que no venía del cuartel ni de la serranía [...] un hombre que había escrito un libro y entraba a la lucha sacrificando previamente una fortuna y su propio bienestar; un héroe y un vidente”, cuya muerte dejó al país sin guía. De ahí en más, aquello que se llamó Revolución sólo fue la “obra espontánea de una indignación pública, desprovista de jefes idóneos” que “terminaron eligiendo a Carranza, viejo y barbado, entre una pléyade de jefes inexpertos, jóvenes e imberbes”.¹⁶ Una “divina trinidad” bárbara constituida por Carranza, Zapata y Villa, no hizo más que arrastrar al país hacia un “facundismo” que, como en el caso de Zapata, dibujó la leyenda de una especie de Arcadia comunizante cuando en realidad “el caballerango de Morelos no era más que un sanguinario caudillo que gobernaba caprichosamente”.¹⁷ Mientras esto acontecía en Morelos, Carranza inauguraba un régimen “bolchevizante” que no le impidió conseguir el apoyo estadounidense. Al calor de este proceso, el ejército comenzó a crecer, catapultando la figura de Obregón. El viejo anhelo popular de reparto agrario fue traicionado por estos generales que terminaron hipotecando la nación, rindiéndose ante la ambición y los intereses de Wall Street.¹⁸ El encumbramiento de Calles se produjo a través de métodos que contemplaban el “plagio de diputados, haciéndolos beber alcohol con embudo y eli-

¹⁵ Los artículos fueron “La agonía mexicana. El Milagro maderista” (25 de octubre de 1933), “La agonía mexicana. El aborto carrancista” (1 de noviembre de 1933), “La revolución mexicana. La tierra a quien la trabaja” (8 de noviembre de 1933), “La revolución mexicana se rinde a Wall Street” (15 de noviembre de 1933) y “México en garras del Callismo” (22 de noviembre de 1933).

¹⁶ *Crítica*, 25 de octubre de 1933.

¹⁷ *Crítica*, 1 de noviembre de 1933.

¹⁸ *Crítica*, 15 de noviembre de 1933.

minando a los más tenaces”. Vasconcelos cerraba entonces el círculo de una historia que parecía tener como único motor el incontenible avance estadounidense: “por cada escuela católica que Calles cerraba, se abría en México una escuela protestante que Morrow patrocinaba”, y por supuesto, una fuerza de tal magnitud fue la responsable de instrumentar el fraude electoral que arrebató el triunfo a quien se consideraba el portador del legado maderista.¹⁹

Las apreciaciones de Vasconcelos no podían sino desconcertar a un medio estudiantil donde la Revolución Mexicana había impactado particularmente, destrabando simpatías y solidaridades para con un movimiento popular, cuyas banderas y realizaciones marcaban un rumbo ejemplar. Quizá por ello, la Federación Universitaria Argentina (FUA) invitó a Vasconcelos a una reunión donde confrontar puntos de vista. Un día antes de su última conferencia en La Plata, Vasconcelos tuvo un primer encontronazo con la juventud universitaria en el local del Centro de Estudiantes de Medicina de la Universidad de Buenos Aires. Allí reiteró los conceptos ya vertidos en La Plata acerca del fracaso de la Revolución Mexicana “obra de un caudillismo de hombres inmorales e incultos”, defendió una democracia americana tan alejada de Roma como de Moscú, apostó a un proyecto de “socialismo de Estado”, condenando furiosamente el régimen soviético. El estudiantado consideró estas propuestas irrealizables “porque las democracias caen bajo control de los intereses materiales, entonces nunca podrán alcanzar el socialismo de Estado”. El clima fue cordial y respetuoso, y antes de terminar el encuentro, “los estudiantes rogaron al maestro que concurriera a una nueva reunión pública en que se escucharía la voz de otras personas familiarizadas con la experiencia revolucionaria en nuestra América”.²⁰

Al aceptar, Vasconcelos ni imaginaba que sería puesto al lado de David Alfaro Siqueiros, para debatir la naturaleza del régimen mexicano. En efecto, el muralista mexicano residía desde hacía varios meses en Argentina y vivía del mecenazgo de Natalio Botana, quien cedió la cava de su suntuosa finca en Don Torcuato para que Siqueiros, capitaneando un equipo de artistas argentinos, realizara lo que luego se llamó: “Ejercicio Plástico”.²¹

Ubicado en las antípodas de Vasconcelos, Siqueiros, desde la ortodoxia comunista, era también un fervoroso crítico al maximato callista. Pero la situación no podía ser más incómoda. El anticomunismo del desterrado no le había impedido expresar semanas antes que la pintura mexicana contaba “con artistas de fama universal como David Alfaro Siqueiros”²² y éste no podía dejar de manifestar el “reconocimiento de lo que efectivamente había hecho Vasconcelos, desde el ángulo de sus posibilidades burocráticas, por nuestro movimiento pictórico mexicano revolucionario” (Siqueiros 1977: 410). Lo cierto es que los últimos días de 1933, bajo una convocatoria de la FUA que decía: “Dos mexicanos ilustres discrepan en su apreciación política sobre el actual gobierno de México”, estos mexicanos discreparon ante un público argentino. Y también lo hicieron cuando redactaron sus respectivas memorias. Relata Siqueiros que su oponente perdió el control

¹⁹ *Crítica*, 22 de noviembre de 1933.

²⁰ *Crítica*, 3 de noviembre de 1933.

²¹ Respecto a los propósitos y alcances de esta experiencia artística, Siqueiros y sus colaboradores Lino Spillimbergo, Enrique Lázaro, Juan Castagnino y Antonio Berni escribieron el folleto *Ejercicio Plástico* (1933). Véase también Berni (1935).

²² *Crítica*, 17 de octubre de 1933.

ante un auditorio abarrotado, pasando a afirmar que “la revolución mexicana es una auténtica cochinita”. Los estudiantes le replicaron que esperaban una confrontación de mayor nivel, donde los invitados definieran “científicamente el acontecimiento latinoamericano más importante del siglo”. Un poco más sereno, Vasconcelos propuso posponer el debate para que cada uno de los participantes presentara sus opiniones por escrito, y una vez leídas las tesis, se abriera una ronda de preguntas: “como ustedes comprenderán, una discusión política sobre los problemas de México de hoy, tendrá que extenderse hasta el problema general del comunismo de Siqueiros y de mi flagrante anticomunismo” (Siqueiros 1977: 411). Con la aceptación del muralista, el encuentro se pospuso algunos días. La versión de Vasconcelos es exactamente la contraria. Siqueiros, paralizado ante un público que llenaba el salón, “pidió el aplazamiento del debate porque de momento no estaba bien documentado sobre ciertos puntos”, a lo que Vasconcelos respondió “ahora o nunca”, y en su recuerdo autobiográfico “nunca” se verificó un nuevo encuentro (Vasconcelos 1960: 343). Y en parte fue así porque el debate pospuesto jamás tuvo lugar. Sucedió que el encuentro pasó a convertirse en un acontecimiento político que excedía una polémica acotada a la situación en México, para instalarse en un tenso escenario político argentino. Días antes del debate, en las paredes de la ciudad de Buenos Aires podía leerse un cartel que decía: “Dos mexicanos ilustres frente a frente. Las ideas revolucionarias de Siqueiros y las ideas contrarrevolucionarias de Vasconcelos”. En el día y la hora fijada, sólo se presentó el pintor mexicano. Frente a un auditorio lleno de estudiantes, el yerno de Vasconcelos, Herminio Ahumada, en calidad de su secretario, leyó una carta: “En virtud de que la FUA ha tomado posición a favor de mi compañero [...] creo que se comprenderá fácilmente que mi compromiso de debatir ha quedado excluido. Yo esperaba un debate frente a un público imparcial, pero esto resulta ya imposible. Muchas gracias, sigan leyendo *Crítica*” (Siqueiros 1977: 412). El evento terminó en un verdadero acto contra la derecha argentina.

A pesar de que ambos escribían en *Crítica*, ninguno hizo mención a este episodio. Para el muralista, quizá se trató de no hacer leña del árbol caído, y para Vasconcelos, a un mes escaso de su llegada, el incidente le confirmó que su popularidad entre el estudiante rioplatense era ya un dato del pasado.

Después de deambular por hoteles y pensiones, comenzó a buscar una residencia permanente. Como ya era costumbre, los problemas económicos acosaron al recién llegado y a decir verdad Argentina poco contribuyó a aliviar estas presiones. Sus ingresos eran modestos, de ahí que optara por rentar una casa en la localidad de Adrogué, muy cerca de Buenos Aires, con la ventaja de que el costo de la vida resultaba inferior al de la gran ciudad. De los cien pesos que ganaba por una colaboración semanal en *Crítica*, setenta y cinco se iban en pagar el alquiler, el resto provino de algunas clases o conferencias y de esporádicos giros que su amigo Taracena remitía desde México a cuenta de pagos por artículos y por las primeras entregas de sus memorias.

Vasconcelos trabajó sin descanso en aquella casa de Adrogué. Los primeros meses de 1934, aprovechó la calma del verano para terminar *De Robinson a Odiseo*, continuó con los borradores de su *Estética*, pero además escribía sus colaboraciones para *Crítica*, revisaba las transcripciones de sus memorias e intercambiaba correspondencia con conocidos en México y en Estados Unidos.

José Peco y Alfredo Palacios fueron amigos entusiastas que lo auxiliaron en una diversidad de asuntos de la vida cotidiana, desde la búsqueda de una casa hasta la de un

empleo permanente. En este último caso, la idea fue obtener una contratación como profesor en la universidad. Para ello gestionaron un contrato temporal ante el rector, Ricardo Levene, quien ofreció al exiliado la posibilidad de impartir el curso de Sociología Iberoamericana, en un programa de formación de periodistas. Desde la cátedra universitaria, Vasconcelos atacó por igual a indigenistas y norteamericanos, América Latina debía apostar a un régimen de matriz criolla, hispánica y católica:

Es protestatizante y es proimperialista toda propaganda de renacimiento cultural indígena. El retorno a la monstruosidad azteca o a la modorra incaica, sería [...] suicida [...] en el manejo de los destinos americanos. No hay sino lo criollo como elemento defensivo contra la absorción extranjera. Y lo criollo, ya se sabe, es hispánico, es mediterráneo, es latino. Y no es protestante, sino católico (Vasconcelos 1934b: 23).

Más allá de cursos y conferencias, lo cierto es que su trabajo para *Crítica* constituyó la única fuente de ingresos seguros. Vasconcelos escribió una treintena de artículos para el diario de Natalio Botana. A excepción de unos pocos artículos dedicados a la situación política mexicana, la mayoría de las colaboraciones versaron sobre cuestiones de política internacional, tanto europea y estadounidense como latinoamericana. También escribió reseñas de libros y de películas y sobre asuntos varios: arquitectura, ópera, reflexiones en torno a ciudades o personajes históricos y literarios.

A pocos meses de establecido, comenzaron a modificarse sus opiniones sobre Argentina. De aquella idea en torno a una nación ejemplar que debía imprimir “rumbo a nuestra raza” pasó a reflexionar sobre el sentimiento de soledad y de tristeza que embarga a los porteños, diagnosticando que podía deberse a un “contagio de los europeos, pero que no corresponde a los criollos” (1934c: 6). Llegado a este punto, esbozó una crítica a Juan Bautista Alberdi: “Pudo creerse en cierto instante de la historia que los pueblos de origen anglosajón y germánico, de religión protestante, eran la sal de la tierra [...] pero] ingleses y norteamericanos, lejos de asimilarse, crearon problemas de acaparamiento económico y de rebelión cultural”. Vasconcelos, prefiriendo la migración española, parecía compartir las ideas de un renovado nacionalismo argentino que pugnaba entonces por el cierre de las fronteras “a las corrientes inmigratorias tan acaloradamente defendidos por Alberdi al promediar el siglo XIX” (1934d: 5).

Vasconcelos se desplazaba inexorablemente hacia la derecha, y su fe en las instituciones democráticas se fue diluyendo. Ya a mediados de 1934 habló de “aristocracias funcionales” como garantía de “calidad” en el ejercicio del poder (Vasconcelos 1934e: 9), y a finales de aquel año, en una reflexión amplia acerca del presidencialismo y del parlamentarismo en el mundo contemporáneo, se pronunció por un régimen de “dictadura presidencial democrática” producto de “una reacción colectiva que cansada del abuso, otorga el mando a un gran ciudadano, pero no en condiciones absolutas, sino a plazo limitado y con responsabilidades definidas” (1934f: 11).

La defensa de estas posturas lo fue alejando de antiguos conocidos y amigos. A pesar de conocer a buena parte de la intelectualidad universitaria y de la vanguardia literaria y artística, Vasconcelos fue poniendo una considerable distancia. Con el filósofo Francisco Romero cruzó correspondencia “acusándolo de idealista husserliano y neokantiano”, discrepó también con las críticas filosóficas que le formulara Coriolano Alberini, entonces decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, al ex

decano de esa misma facultad, el escritor y ensayista Ricardo Rojas, le achacaba sus convicciones liberales: “los viejos del liberalismo, aún siendo honrados como Rojas, no se convencen de que es necesario barrer con toda esa patraña de la Revolución Francesa y volver a Notre Dame” (1960: 288, 289 y 313). Su presencia incomodaba, sus desplantes generaban rechazo. En alguna ocasión fue invitado a la casa de Victoria Ocampo y, en un despliegue de soberbia, no tardó en romper lanzas con su anfitriona: “no volví a verla, al despedirse, me prometió que me invitaría a alguna de las reuniones en su finca de El Tigre; nunca lo hizo” (1960: 290-292).

La Universidad de La Plata, seguramente por gestiones de José Pecó, continuó tratándolo con amabilidad. Al promediar 1934 fue el principal orador en la inauguración de la sección latinoamericana de la biblioteca de aquella casa de estudios (1934g: 310-312). Más de una embajada lo invitaba a reuniones y banquetes. Por intermedio de algún conocido tuvo una audiencia con el presidente Agustín P. Justo en la Casa Rosada, y en cafés del centro porteño compartió muchas veces la mesa con políticos de distintas extracciones partidarias. En el otro extremo geográfico y social de la ciudad, el exilado se internó también en el popular barrio de La Boca, donde conoció y alternó con Quinquela Martín, y en la casa de Santos Discépolo, a esa altura consagrado compositor de tangos, disfrutó de “los almuerzos de tallarines preparados con sus propias manos” (1960: 342).

Finalmente, y sin demasiado esfuerzo, Vasconcelos encontró a sus pares ideológicos. Se trataba de los integrantes de una generación de nacionalistas de derecha clerical, constituida desde inicios de la década del veinte, que con el correr de los años fue adoptando posiciones chauvinistas, antisemitas y fascistas. Vinculada a esta generación tuvo su inicio una corriente historiográfica interesada en refundar la interpretación del pasado nacional.²³ Vasconcelos estuvo en contacto con esta generación y así pudo corregir inconsistencias en sus acercamientos a la historia rioplatense. Su pensamiento comenzaba a mostrar una coherente derechización:

En Argentina prospera un movimiento nacionalista español y católico. [...] por lo pronto están escribiendo la historia argentina al revés, o sea, conforme a la verdad, rectificando todas las patrañas del liberalismo. [...] descubren que Sarmiento no fue otra cosa que un agente del puritanismo bostoniano bautizado con el nombre de “el progreso” (Vasconcelos 1960: 321).

La distancia era enorme entre el “filósofo” dedicado a la escritura de su *Estética* y el “político” que apostaba única y exclusivamente a una rebelión armada. Vasconcelos estaba al tanto de la política mexicana en aquel año electoral de 1934. Los “traidores” del Partido Antireeleccionista preparaban la candidatura de Antonio Villarreal y, en el seno del Nacional Revolucionario, Lázaro Cárdenas se perfilaba como el favorito. Su amigo Taracena era la cabeza visible del llamado Partido Regenerador, pequeño grupo de amigos que continuó reconociendo el liderazgo moral del exiliado. Los regeneradores hicieron un llamado a la abstención electoral, pero muy pocos mexicanos se dieron por enterados, y eso fue así, tanto por el pobre y casi invisible esfuerzo propagandístico que Taracena desplegó a través de *La Verdad*, hoja volante que dirigía, como y sobre todo

²³ La bibliografía sobre este proceso es amplia. Véanse entre otros: Zuleta Álvarez (1975); Buchrucker (1987); Rock (1993) y Devoto (2002).

porque esos jóvenes estuvieron dispuestos a secundar cualquier tipo de rebelión, tal y como los exhortaba su jefe. En febrero de 1934 Vasconcelos escribió: “Ratifico mi aprobación de lo que hagan con mi nombre, siempre que se trate de engendrar guerra y no paz con los asesinos”.²⁴ El problema consistía en que aquel hombre, creyéndose destinado a salvar a su patria, pregonaba ante un pueblo interesado en todo menos en su salvación. Nada parecía dolerle más que estar condenado al desprecio, a que a nadie se interesara por su vida. Impulsado por cierto mesianismo y siempre alentado por las noticias que transmitían los regeneradores en México, Vasconcelos nunca abandonó la fantasía de liderar una expedición libertadora.

El desterrado de Adrogué sabía que, si existía alguna posibilidad de encabezar una rebelión, ello estaba directamente asociado al descontento católico. De esta manera, la única alternativa para ver realizado el sueño que lo atormentaba desde el inicio de su exilio consistía en negociar con la clerecía mexicana. En México, la implantación de la educación socialista fue creando un clima propicio para el estallido de una segunda Cristiada. La oposición de la jerarquía católica le valió el exilio a varios de sus miembros, algunos de los cuales no tardaron en planear posibles sublevaciones. Para estos expulsados nadie mejor que Vasconcelos para abanderar la rebeldía. Desde su destierro estadounidense, el obispo de Huejutla, José de Jesús Manrique y Zárate, estableció una primera comunicación, planteándole la necesidad de dirigirse a Nueva Orleans donde conversarían sobre los planes a seguir.

Vasconcelos creyó que su hora finalmente había llegado, pero no fue tan fácil, toda vez que hubo de sortear más de un obstáculo. Un ir y venir de cartas en noviembre y diciembre de 1934 dibujan momentos de dudas hasta que finalmente, una mañana de enero de 1935, los Vasconcelos se embarcaron rumbo a Nueva Orleans. La prensa de Buenos Aires no registró su partida. De la vieja guardia, de aquella que insufló esperanzas a toda una generación de latinoamericanos, sólo se presentó Alfredo Palacios, único sobreviviente del mundo de relaciones que alguna vez supo tejer. En aquella despedida ya nada quedaba del “Maestro de la Juventud”, el cósmico optimismo de una década atrás había cedido paso a la amargura de “pertenecer a esta pobre raza híbrida que somos, y que hoy está en la madurez de su podredumbre”.

En Nueva Orleans los planes de rebelión fueron desechados por un clero dispuesto a llegar a algún entendimiento con Lázaro Cárdenas. Vasconcelos se quedó solo de nuevo, mascullando resentimientos y frustraciones contra el gobierno y el pueblo de México. Con un muy menguado protagonismo político, terminó buscando un acuerdo con el más odiado de sus enemigos: Plutarco Elías Calles, desterrado en California por el presidente Cárdenas. Desde su exilio californiano, Calles conspiró con algunos militares que todavía reconocían su jefatura, y en este contexto, hacia 1937, los antiguos enemigos se reconciliaron, sellando un acuerdo para un levantamiento que no llegó a producirse.

En los albores de la Segunda Guerra, Vasconcelos se despojó de sus ya escasos amores democráticos. Cuando la fuerza de Hitler y Mussolini parecía incontenible, su apuesta fue por el fascismo pregonando la necesidad de instaurar un “dictador genial” (Vasconcelos 1937: 191). Extraviado para siempre su liderazgo político e intelectual, se

²⁴ “Carta de José Vasconcelos a Alfonso Taracena, Adrogué, 26 de febrero de 1934”, en Vasconcelos (1959: 110).

refugió en la escritura, espacio donde, con absoluta comodidad, recreó sus intentos por redimir una nación envilecida. El 1936 salieron a la venta el *Ulises Criollo* y *La Tormenta*. El éxito editorial fue de tales proporciones que de inmediato se sumergió en la preparación de *El Desastre* y *El Proconsulado*, publicados en 1938 y 1939 respectivamente. Durante estos últimos años de exilio y en el terreno de las inquietudes filosóficas, concluyó y publicó *Estética* (1935), junto a su *Historia del pensamiento filosófico* (1937). La mirada conservadora en torno a la historia mexicana quedó plasmada en *Breve historia de México* (1937), al tiempo que su inclinación por el fascismo encontró manifestación en *Qué es el comunismo* (1936) y *Qué es la revolución* (1937).

En 1938, Lázaro Cárdenas le hizo saber que su gobierno no tenía inconvenientes en que retornara. Así las cosas, en septiembre de aquel año, Vasconcelos volvió a cruzar la frontera. A instancias de Herminio Ahumada, que estaba organizando la Universidad del Noroeste en Hermosillo, se intentó nombrarlo rector de esta casa de estudios. Fracasada esta propuesta, el recién llegado se trasladó a la ciudad de México para recluirse en la privacidad de una residencia en Tlacopac.

En 1940, el avilacamachismo procedió a su rescate intelectual nombrándolo director de la Biblioteca Nacional. Un par de años más tarde fue miembro fundador del Colegio Nacional y en 1946 se convirtió en primer director de la recién fundada Biblioteca México, puesto que desempeñó hasta su muerte en 1959. A lo largo de todos estos años, mientras convirtió a esta biblioteca en una de las mejores del país, sus preocupaciones políticas y reflexiones filosóficas se asentaron con firmeza en el terreno de las ortodoxias teológicas. Desde un militante catolicismo, se convirtió en un ferviente admirador de dictaduras y dictadores: Franco, Salazar, Trujillo, Perón, Castillo Armas... Sólo el recuerdo quedaba de lo que alguna vez representó para la causa de la justicia y la democracia latinoamericana. Una década de destierro transformó a Vasconcelos. Las experiencias vividas en su último exilio sirvieron de crisol donde se fraguó ese otro que en septiembre de 1938 volvió a cruzar la frontera. Y cuando ello aconteció, terminó para este intelectual ese viaje sin retorno que en definitiva es el exilio, ese espacio atravesado por la derrota y la pérdida, ese lugar privilegiado, dice María Zambrano (1990: 42), para que la Patria se descubra. Y en efecto, Vasconcelos redescubriéndose a sí mismo, descubrió ese territorio “sin memoria, ni conciencia, ni decoro”²⁵ que en definitiva era su propia Patria.

Bibliografía

- Berni, Antonio (1935): “Ejercicio Plástico”. En: *Nueva Presencia* (Buenos Aires), 21, pp. 12-20.
- Buchrucker, Cristian (1987): *Nacionalismo y Peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial, 1927-1955*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Cárdenas Noriega, Joaquín (1985): *José Vasconcelos, guía y profeta*. México, D. F.: PAC.
- Devoto, Fernando (2002): *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna*. Buenos Aires: Siglo XXI.

²⁵ “Carta de José Vasconcelos a Alfonso Taracena, Adrogué, 24 de marzo de 1934”, en Vasconcelos (1959: 113).

- Peco, José Luis (1997): “José Vasconcelos y la Argentina”. En: *Águila y Sol* (Buenos Aires), 4, pp. 22-28.
- Robles, Fernando (1931): “La Juventud debe actuar”. En: *La Antorcha* (París), 12, pp. 24-25.
- Rock, David (1993): *La Argentina Autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública*. Buenos Aires: Espasa Calpe.
- Siqueiros, David Alfaro (1933): *Ejercicio Plástico*. Buenos Aires: s. e.
- (1977): *Me llamaban el Coronelazo. Memorias*. México, D. F.: Grijalbo.
- Vasconcelos, José (1934a): *Hispanoamérica frente a los nacionalismos agresivos de Europa y Norteamérica*. La Plata: Universidad Nacional de la Plata.
- (1934b): “Sociología Iberoamericana”. En: *Boletín de la Universidad Nacional de la Plata*, XVIII, 2, pp. 20-34.
- (1934c): “Buenos Aires”. En: *Crítica* (Buenos Aires), 15 de abril de 1934.
- (1934d): “La altura de Alberdi”. En: *Crítica* (Buenos Aires), 25 de junio de 1934.
- (1934e): “Aristocracias funcionales”. En: *Crítica* (Buenos Aires), 11 de julio 1934.
- (1934f): “Dictadura presidencial democrática”. En: *Crítica* (Buenos Aires), 5 de diciembre de 1934.
- (1934g): “Discurso”. En: *Boletín de la Universidad Nacional de la Plata*, XVIII, 5, pp. 310-312.
- (1937): *Qué es la revolución*. México, D. F.: Botas.
- (1959): *Cartas políticas de José Vasconcelos* (Preámbulo y notas de Alfonso Taracena). México, D. F.: Clásica Selecta.
- (1960): *La Flama. Los de arriba en la revolución. Historia y tragedia*. México, D. F.: Editorial Continental.
- (1982): *Memorias II, El Proconsulado*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Yankelevich, Pablo (1997): *Miradas australes. Propaganda, proyección y cabildeo de la Revolución Mexicana en el Río de la Plata, 1910-1930*. México, D. F.: INHERM-SRE
- Zambrano, María (1990): *Los bienaventurados*. Madrid: Siruela.
- Zuleta Álvarez, Enrique (1975): *El nacionalismo argentino*. Buenos Aires: La Bastilla.